

sentimiento que al de una codicia sanguinaria, reinaban en ella en nombre de la fuerza y del terror. Luego que los Jesuitas obtuvieron de los filibusters la palabra de que jamás tratarian de poner trabas á su apostolado, los PP. Empeau y Jaime Bouton abrieron las Antillas á la fe católica. El segundo catequizaba durante el dia á los negros, y escribía por la noche la relacion de sus viajes <sup>1</sup>. En tanto que por los años de 1646 se ocupaban unos Padres en evangelizar á la Martinica, construyendo al mismo tiempo una iglesia en la Tierra Baja, costeaban algunos otros individuos de la misma Orden el rio de las Yervas, llegaban á Guadalupe, ó abordaban en las islas de San Salvador, Santa Cruz, San Martin, San Bartolomé y San Cristóbal.

En la misma época penetraban en el interior de estos países, an-  
siando las conquistas de salvajes, los PP. Larcannier, Heland, Chemel y Dejean, y realizaban en las Antillas los mismos prodigios verificados en el Paraguay y el Canadá; pero allí lo mismo que en todas partes era la sangre de los Jesuitas la que cimentaba esta alianza que predisponia á los bárbaros á la civilizacion. Dotados estos Jesuitas de una nueva energía que les comunicara el martirio de sus colegas Aubergeon y Gueyma, ocurrido en 25 de mayo de 1654, se lanzaron en pos de las torturas y de la muerte; y después de una lucha reñida por largo tiempo, quedó la victoria por la Cruz, y los misioneros pudieron recoger con júbilo la mies que habian fertilizado con su sangre.

<sup>1</sup> Relacion impresa por Cramoisi, 1640.

## CAPÍTULO XXII.

Los Jesuitas en el Paraguay. — Lo que en él hicieron, segun Buffon, Robertson y Montesquieu. — Descubrimiento y situacion del Paraguay. — Los Padres Barcena y Ángulo. — Romero y Monroy entre los Guaranis. — Primeras iglesias construidas por los salvajes. — Nuevo plan de misiones. — El Padre Paez, visitador en el Paraguay y en Tucuman. — Reunion de los Padres en Salta. — Odio de los salvajes contra los españoles. — Favorecen estos las misiones nacies. — Exigen los Jesuitas mas humanidad de parte de los europeos. — Reyertas de los Jesuitas con los comerciantes y colonos españoles. — Abandonan los Padres á Santiago. — Retiranse á San Miguel. — Misiones entre los Diaguitas y los Lullos. — El P. Valdiva cerca del Monarca español. — Obtiene la libertad de los esclavos que abrazasen el catolicismo. — Los Padres Maceta y Cataldino en el Paranapané y en el Guaira. — Primera idea de la república cristiana. — Obstáculos suscitados por los españoles. — Fundacion de las reducciones. — Protégelas el Monarca español contra la codicia ó malevolencia de sus súbditos. — Los misioneros se constituyen en pacificadores. — Los españoles obligan á los Jesuitas á salir de la Asuncion. — Carácter de los salvajes. — Su inconstancia y sus astucias. — Peligros á que se ven expuestos los Jesuitas. — El P. Ruiz de Montoya. — El P. Gonzalez en el Paraná. — Vense precisados los Jesuitas á vivir aislados del resto de los europeos para conquistar á los salvajes. — Ignorancia y embrutecimiento de los indios. — Principian los Jesuitas á educarlos. — Medios de que se valen. — Improvisanse músicos en las orillas de los rios. — Establecen talleres, donde aplican á los salvajes á un trabajo adecuado á su gusto. — Comercio de la yerba del Paraguay. — Prohiben á los neófitos toda especie de relaciones exteriores. — Atribuciones de los Jesuitas. — Respeto con que se rodean. — Leyes promulgadas por ellos. — Espectáculo que ofrecen las reducciones. — Sus costumbres, fiestas, ocupaciones y ejércitos. — Explicacion de este gobierno. — Los obispos y los Jesuitas. — Prohiben el vino á los neófitos. — Motivos de esta abstinencia. — Felicidad que disfrutaban las reducciones. — Sistema de posesion. — Cuadro de la vida de los neófitos. — El P. Romero entre los Guaycurus. — Montoya y los antropófagos de Guibay. — Gonzalez en las fuentes del Uruguay. — Nuevas reducciones. — Los salvajes y los Jesuitas. — Tratan de oponérseles los holandeses. — Martirio del P. Gonzalez. — Decláranse los Tetudos en guerra con los Jesuitas. — Calculada indolencia de los españoles. — Saqueo de las reducciones. — El P. Montoya propone la emigracion á los neófitos. — Resignacion de los Guaranis. — Las nuevas reducciones. — Los Jesuitas en Tapé. — El P. Espinosa es asesinado por los Guapalaches. — Muerte del P. Mendoza. — Sus neófitos tratan de vengarle. — Encaminanse á Madrid y á Roma los PP. Diaz Tano y Montoya con el objeto de solicitar la intervencion del Papa y del Monarca español en fa-

vor de los neófitos. — Carta del obispo de Tucuman al Rey. — El P. Osorio en Chaco. — Asesinan los salvajes á los misioneros. — Otorga el Monarca español á los neófitos la facultad de usar armas de fuego. — Este favor cambia enteramente la situacion. — El P. Pastor entre los Mataranos y Abipones. — Tropas formadas por los Jesuitas. — Destruyen á los Tetudos. — D. Bernardino de Cárdenas, obispo de la Asuncion; y los Padres. — Causa de sus disensiones. — Acusan á los Jesuitas de poseer minas de oro. — Asesinan á los PP. Romero y Arias. — Los comerciantes y colonos toman parte en favor del obispo de la Asuncion. — Asóciase á sus esfuerzos D. Juan de Palafox. — Origen de estas contiendas. — Oponen la jurisdiccion del Ordinario á los privilegios de los misioneros. — Triunfan los Jesuitas de D. Bernardino. — Toman su defensa en Europa los Jansenistas y Protestantes. — Gaspar Artiaga y sus folletos. — Marchan los neófitos, conducidos por los Jesuitas, contra los indios insurreccionados. — Obtienen una completa victoria. — Negocian los Jesuitas la paz entre los españoles y los indios. — Los Jesuitas en Maryland. — Emigracion de los católicos ingleses. — El P. White y los salvajes. — Situacion de estas colonias cristianas.

Al contemplar Buffon el espectáculo de todos aquellos pueblos á los que los Jesuitas llevaban con el cristianismo los beneficios de una sociedad civilizada, escribia lo siguiente: «Es mayor el número de hombres que han formado las misiones en las naciones bárbaras, que los que han podido destruir las armas victoriosas de los príncipes que los han sometido á su dominio. Estimulados los salvajes por los ejemplos de dulzura, caridad, irreprehensible conducta y ejercicio de todas las virtudes, constantemente practicadas por los Jesuitas, han vencido su natural desconfianza y ferocidad; é impulsados por su mismo instinto han solicitado conocer aquella ley que los hacia hombres tan perfectos, y después de someterse á ello, se han reunido en sociedad. Nada ha podido hacer mas honor á la religion católica que el haber conseguido civilizar aquellas naciones, y el haber echado los cimientos de un imperio sin otras armas que las de la virtud <sup>1</sup>.»

Lo que el naturalista francés proclama con la autoridad de su genio, se halla comprobado con las expresiones siguientes del protestante Robertson: «En el Nuevo Mundo es, dice el historiador anglicano al hablar de las misiones <sup>2</sup>, donde los Jesuitas han ejercitado sus talentos con más brillo, y de la manera mas

<sup>1</sup> *Historia natural del hombre.*

<sup>2</sup> *Historia de Carlos V*, por Robertson, en 4.<sup>o</sup>, tomo II, pág. 229. (Amsterdam, 1771).

«útil á la felicidad de la especie humana. Mientras que los conquistadores de esta infortunada parte del globo no marchaban á ella con otro objeto que el de despojar, encadenar y exterminar á sus habitantes, los Jesuitas fueron los únicos que pasaron á establecerse en aquellos climas con miras humanitarias.»

Y efectivamente, solo los Jesuitas pertrechados en la fuerza única del principio cristiano que, en una Orden así constituida, no se debilita jamás aun cuando se renueve, pudieron realizar una utopía que todos los filósofos habian imaginado, y que, sin embargo, era mirada como imposible por todos los hombres reflexivos. Desde la época de san Francisco Javier hasta el P. Brebeuf, los hemos visto en el Japon y en Etiopia, en las Indias y en el Perú, en el Brasil y el Mogol, en los archipiélagos mas áridos y en el Monomotapa, en el interior de las selvas vírgenes y en las riberas del Bósforo; ora bajo las erguidas copas de los cedros del Líbano, como en las abatidas chozas de los salvajes; así en la China, como en el Canadá, en el Maduré y en el Tibet, hacerse alternativamente, según el consejo del Apóstol, enfermos con los que sufrían, pequeños con los débiles, ignorantes con los ingenios bárbaros, doctos con los talentos cultivados, diplomáticos con los potentados de la tierra, y dispuestos siempre á sacrificar su existencia por conquistar un alma, ó por anunciar la verdad á los hombres. Improvisándose letrados y mandarines en la China, esclavos de los negros en Cartagena, bramas penitentes y parias en el Indostan; cazadores errantes en el Canadá, y maronitas bajo las palmeras de la Judea, llegaron á desplegar do quiera un valor jamás desmentido en los suplicios, una actividad sin igual en los trabajos apostólicos, y una piadosa industria para encubrir al misionero bajo el disfraz mas favorable á su empresa.

Pero las dificultades de la política, las pasiones de los hombres, la insaciable avidez de unos, la codicia de otros, y mas particularmente las rivalidades, no les han permitido aplicar en su conjunto el sistema que Loyola les habia legado en germen. La Compañía de Jesús queria demostrar, que no hay cosa mas practicable que realizar por medio de la fe entre los salvajes la utopía consoladora que Platon y demás sabios de la tierra han tantas veces y tan inútilmente soñado; y firme en su propósito, no retrocedió un ápice hasta encontrar un punto del globo en el que la fuese permitido instruir, militar y derramar su sangre con entera li-

bertad. Este punto ansiado con tantas veras era el Paraguay; y si «debe gloriarse, dice Montesquieu<sup>1</sup>, de haber sido el primero «que ha preconizado en estas comarcas la idea de la Religion «agregada al pensamiento de la humanidad, mucho mas debe «hacerlo; porque reparando los estragos causados por los espa- «ñoles, ha curado una de las mayores heridas que ha recibido «hasta el presente el género humano.»

Dueños absolutos de su voluntad, de la que solo debian dar cuenta á Dios, á la Santa Sede y al Monarca español, hicieron los Jesuitas en favor de aquellas tribus bárbaras un milagro de civilizacion, que se ha perpetuado hasta su caída: milagro continuo que vamos á tratar de describir.

El Paraguay, que hasta el año de 1608 estuvo unido al Brasil, pero que habiendo hecho progresos rápidos desde esta época bajo la conduccion de los misioneros, fue constituido en provincia de la Compañía de Jesús, es una vasta region, situada entre el Brasil, Perú y Chile, cuyo descubrimiento, verificado en 1516, se le debe al español Juan Solís, que fue después engullido por los salvajes al remontar el rio del mismo nombre que el país. Algunos años mas adelante, atraidos García y Sedeno por las inmensas riquezas de toda especie en que abundaba el país, y de las que referia maravillas la avidez cosmopolita, experimentaron la misma suerte en las costas de Paraná: habian ido en busca de tesoros, y siendo la astucia de los indígenas mayor que su audacia, no tuvieron otro remedio que el de perecer miserablemente. Entre tanto, el veneciano Sebastian Gabot, uno de tantos aventureros que á la sazón surcaban los mares por cuenta del príncipe que mejor recompensaba sus servicios, después de ofrecer á Carlos V el ensayar nuevas expediciones en derredor de aquellos rios cubiertos ya de sangre europea, se remontó hácia el origen del Paraguay, y cambiando su nombre en el de Rio de la Plata, inauguró la toma de posesion degollando algunos indígenas.

Desde este momento hasta el día en que el dominico Francisco Victoria, obispo de Santiago, apeló á los Padres de la Compañía, no cesaron los españoles de renovar sobre estas playas cuantos atentados contra la humanidad habian señalado la conquista del Perú. Pensando aquellos únicamente en enriquecerse, no trataban de civilizar á los bárbaros mas que para proporcionarse ope-

<sup>1</sup> *Espiritu de las leyes*, lib. IV, cap. VI.

rarios mas activos, ó esclavos mas inteligentes. Pero si la sed del oro aconsejaba quizás estas crueldades, la Religion se negó desde luego á prestarles su consentimiento; mucho mas cuando saliendo de Charcas en 1586 los PP. Alfonso Barcena y Ángulo, con el objeto de cumplimentar las órdenes de su superior, se propusieron hacer que triunfase el Evangelio, donde hasta entonces solo habia imperado la fuerza bruta. Sus primeros ensayos en esta espinosa carrera fueron difíciles: érales preciso luchar contra el torrente de las prevenciones europeas, vencer la codicia, luchar con la desconfianza instintiva de los salvajes, é insinuarse en su confianza por medio de una incesante abnegacion. Los Jesuitas se sometieron gustosos á estos sacrificios, y de este modo multiplicaron en breve su apostolado. Fueron en su auxilio los PP. Juan Solano, Tomás Filds, Esteban de Grao y Manuel Ortega. Los dos primeros, Solano y Filds, habian ya visitado las tribus residentes en las orillas del Rio-Rojo, y estaban ya familiarizados con los peligros: subieron, pues, todos juntos hácia el origen del rio, y llegaron al país de los Guaranis en 1588. El carácter indolente y apático de estas poblaciones las alejaba de todo lo que era virtud cristiana; pero luego que llegaron á comprender su belleza, escucharon con sumision las palabras de vida salidas de los labios de ambos Jesuitas: internáronse después en el interior de las selvas en pos de las hordas errantes, hasta que habiéndose declarado la peste en la Asuncion en el año de 1589, fueron remitidos á esta ciudad ambos Padres.

Entre tanto, dejábanse ver otros Jesuitas con la cruz en la mano en las riberas del Paraguay, por los años de 1593: eran estos los PP. Juan Romero, Gaspar de Monroy, Juan Viana y Marcello Lorenzana, quienes después de haber predicado el Evangelio en Santa Fe y Córdoba del Tucuman, donde hicieron grande fruto, llevaron la semilla de su infatigable caridad á las tribus de los Guaranis y á las de los Omaguacas. La industriosa comisionacion de estos sacerdotes, que se presentaban á los naturales sin mas armas que su confianza, las tiernas atenciones que les prodigaban, y el afecto que les mostraban, todo contribuía á domesticar sus sanguinarios instintos, y á dulcificar sus costumbres. Era indispensable expiar las crueldades de los primeros conquistadores para enseñar á los indios, á quienes las tropas españolas habian obligado á huir á los bosques, á bendecir el yugo del cris-

tianismo : tal fue la principal ocupacion de los hijos de Loyola ; y siguiéndolos paso á paso , no ha podido menos Voltaire de decir <sup>1</sup> : « La civilizacion del Paraguay , debida únicamente á los Jesuitas « españoles , parece ser en cierto modo el triunfo de la huma-  
« nidad. »

Elevábase un colegio en la Asuncion : en otros puntos se ocupaban los salvajes medio convertidos en construir iglesias , y los PP. Ortega y Villarnao se internaban en las montañas de la cordillera Chiriguana. Arrostrando peligros de toda especie , tanto en sus excursiones lejanas , como en los bosques poblados de serpientes , tigres y otros animales feroces ; exponiéndose á otros peligros mayores de parte de los habitantes , y haciendo frente á los que les suscitaban los españoles , cuya irritacion no conocia límites , porque la marcha de los Jesuitas era una amarga censura de su política , caminaban los misioneros impávidos al desempeño de su cometido ; y si hasta entonces nada habia podido contrarestar los progresos de la fe , en 1602 conocieron la necesidad de regularizarlos. Aquaviva seguia con su mente desde Roma la marcha de tantos operarios diseminados por aquellos continentes , y aplaudia sus trabajos ; mas para comunicarles mayor energía , creyó indispensable someterlos á una direccion uniforme. No bastaba á sus ojos el esparcir la semilla del Evangelio sobre un país cualquiera , sino que era preciso hacerla brotar , y cultivarla hasta su sazón , para que la cosecha fuese mas abundante. Aquellas misiones ambulantes , que se limitaban á atravesar el desierto , y á conducir el beneficio de una civilizacion pasajera á las extremidades del globo , solo podian , segun él , producir un recuerdo confuso en las almas de los salvajes. Aquaviva juzgó útil trazarlas un plan para moderar y dirigir los excesos del celo : el Padre Paez , visitador de las misiones trasatlánticas , fue el encargado de ponerlo en práctica.

Reuniendo el Visitador en Salta á todos los Jesuitas diseminados por el Tucuman , el Paraguay y las orillas del Rio de la Plata , después de convenir unánimes los congregados en que sus excursiones , necesarias en un principio para propagar la fe católica y aguerrir á los Padres , no eran ya tan indispensables , y que sin renunciar á ellas absolutamente , era preciso concentrar la accion con el objeto de imprimirla mas energía , resolvieron que se

<sup>1</sup> *Ensayo sobre las costumbres.*

debía obrar de consuno , y que se necesitaba someter el fervor apostólico á la táctica , como se somete la bravura individual del soldado. En tanto que esta asamblea de misioneros deliberaba sobre los medios mas idóneos para asegurar el triunfo de la fe y de la civilizacion , creyéndose los neófitos del Paraguay abandonados por los Jesuitas , manifestaron unos su sentimiento , y otros su cólera ; pero estas sensaciones tan diversas , aunque emanadas de un mismo temor , no tardaron en confundirse en un mismo júbilo cuando vieron el regreso de los misioneros , y que se preparaban á trabajar en su felicidad.

Nombrado en 1605 provincial del Paraguay el P. Diego de Torres , llevó consigo desde Lima quince Jesuitas con el objeto de dar mas extension á las medidas adoptadas por la congregacion de Salta. Otros desembarcan en Buenos-Aires , punto central donde debía desarrollarse la mision. Pero en este país encontraron un obstáculo insuperable , que parecia oponerse á su marcha : los naturales , cuya gigantesca talla y feroces costumbres habian venido á ser un objeto de terror para los españoles , mostraban un odio implacable contra los que se proclamaban sus conquistadores , á quienes después de tener sitiados continuamente en sus ciudades , degollaban y devoraban en el momento que ponian el pié en la campiña. Su terror hallaba sin cesar un nuevo alimento , porque los españoles reducian á la esclavitud á cuantos prisioneros caian en sus manos ; y aunque se habian proyectado medios para conciliar la avaricia de los europeos con el orgullo de los salvajes , todos ellos habian sido inútiles. Al ver , pues , que los Jesuitas se disponian á anunciar el Evangelio á estas poblaciones independientes , se persuadieron los españoles de que solo ellos conseguirian domarlos.

Acogieron , pues , con transportes de júbilo la llegada de los misioneros ; mas al oír estos el relato de los padecimientos que el cautiverio de unos y la barbarie de otros reservaba á los naturales , no pudieron contener su indignacion. Se exigia de ellos que hiciesen servir la cruz á los mas sórdidos intereses ; se quiso que con su elocuencia cubriesen los cálculos mas odiosos ; les llamaban á remachar cadenas en el momento en que iban á ofrecer el presente de la civilizacion y la libertad , en nombre de aquel Dios que murió por todos ; pero los Jesuitas tuvieron bastante carácter para negarse á semejantes proposiciones. En el Tucuman , como

en el Paraguay, pretendian los españoles servirse de su apostolado como de un medio mas seguro para contener en la obediencia aquellas tribus parias; pero los Jesuitas declararon que antes de dar principio á su mision, era preciso hacer menos gravoso el yugo que habian impuesto á los indios; y sus primeras palabras fueron una protesta contra los atentados de que eran testigos.

Esta firmeza debia producir resultados peligrosos, y arruinaba las esperanzas de los traficantes; los cuales creyeron que sitiando por hambre á los misioneros, vendrian á reducirlos á ser unos meros instrumentos de su avaricia, ó de lo contrario les obligarian á abandonar aquella tierra. Suprimiendo las limosnas, único medio de subsistencia que tenian los Padres; los redujeron á vivir solo de maíz y raíces. Viendo que estas medidas no bastaban para modificar sus proyectos de emancipacion, sublevan contra ellos á los magistrados y al clero secular; extiéndose la persecucion desde la Asuncion á Santiago: calumnian en Chile al P. Valdiva, el mas enérgico promotor de la emancipacion cristiana de los salvajes; y no pudiendo agotar la paciencia de los Padres, los atacan de un modo mas pérfido. Habian estos rehusado asociarse á sus cálculos, y los acusaban de aspirar á la dominacion exclusiva de las Indias. La ciudad de Santiago era el centro de donde salian todas estas imputaciones, para propagarse en las escalas donde traficaban los europeos. No creyendo oportuno los misioneros malgastar el tiempo en unas luchas, en que se enconaban los ánimos sin provecho alguno del cristianismo; y viendo que sus consejos no eran escuchados, y que sus instancias se estrellaban contra la mala voluntad de aquellas almas endurecidas por la codicia, abandonaron aquella ciudad para fijarse en la de San Miguel, que por su comercio y riqueza podia ser su rival.

Ofrecieronles sus moradores sin condicion alguna la hospitalidad, que la ciudad de Santiago habia tratado de venderles á costa del honor apostólico: fundaron un colegio en esta tierra de promision ó jardin encantado, cuya custodia estaba al parecer confiada únicamente á los rebaños de tigres; y recorriendo sin cesar los campos los PP. Juan Dario é Ignacio Marcelli, se lanzan desde este asilo en busca de los salvajes. Unos penetran en la morada de los Diaguitas, y otros en la de los Lullos; Dario y Marcel-

li se dirigen á proponer la paz á los Calchaquis, nacion que, como los Guapalaches, no cesaba de inquietar á los españoles. En este intermedio, arribó Torres á la Concepcion, y desde allí se encaminó á la Asuncion; á donde le llamaban el gobernador y el obispo del Paraguay.

Presentóse Valdiva en Madrid, con el objeto de exponer á Felipe III los obstáculos que la insaciable avidez de los españoles suscitaba á cada paso al cristianismo; y habiendo obtenido una audiencia de aquel Soberano, defendió en su presencia con tanto calor los derechos de los oprimidos indios, que, decidido Felipe á hacer que se cumpliese su voluntad, mandó que no se valiesen de otras armas para someter á su dominio á los habitantes del Paraguay mas que de la sola espada de la palabra de los misioneros; añadiendo, que no queria homenajes forzados, y que su intencion se reducía á sacar aquellas tribus de la barbarie, y hacerlas conocer al verdadero Dios; pero que jamás habia sido su ánimo el de hacerlas esclavas.

Tales eran las órdenes que el Jesuita Valdiva habia sugerido al rey de España, y de cuya ejecucion se encargó el P. Torres luego que tomó conocimiento de ellas. Dichos decretos consagraban el sistema de humanidad que hasta entonces habian predicado; el obispo del Paraguay y D. Arias de Saavedra no opusieron ningun estorbo. Antes resolvieron que se probaria colonizar, y emancipar poco á poco los salvajes por medio de la fe; y como los Guaranis eran la tribu mas próxima á la Asuncion, inauguraron con ellos sus ensayos.

Luego que los Jesuitas Simon Maceta y José Cataldino, después de haber salido de Roma en 10 de octubre de 1609, llegaron en febrero de 1610 al paraje que les habian designado en el Parapané, los españoles procuraron entablar los proyectos de ambos colegas, y murmuraron y aun prorumpieron en amenazas; pero pertrechados aquestos en la justicia de su causa, mas bien que en el deseo del monarca español, no se dejaron intimidar. El cacique que les acompaña les asegura del júbilo y gratitud con que iban á ser acogidos, porque la nacion entera los miraba como sus libertadores, y marchan, atravesando rios, salvando montañas. Apenas pisan el territorio del Guaira, se ven saludados y bendecidos en nombre de todas las familias, á quienes Ortega y Filds habian hecho cristianas por medio del Bautis-